

Nancy Huston

Reflejos en el ojo de un hombre



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Nancy Huston

Reflejos en el ojo
de un hombre

Traducción de
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Prólogo

Guapa como una imagen

Unos ojos masculinos contemplan un cuerpo femenino: inmenso paradigma de nuestra especie.

Durante los dos millones de años de vida humana en la Tierra, el vínculo masculino entre mirada y deseo ha sido un simple dato de la existencia. El hombre mira, y la mujer es mirada. El hombre aprehende el misterio del mundo, y la mujer *es* ese misterio. El hombre pinta, esculpe y dibuja el cuerpo fecundo, y la mujer *es* ese cuerpo.

Es cierto que también las mujeres miran a los hombres, y que los hombres miran a los hombres, y que las mujeres miran a las mujeres..., pero lo específico de la mirada del hombre sobre el cuerpo de la mujer es que es involuntaria, innata, que está programada en el «disco duro» genético del macho humano para favorecer la reproducción de la especie, y por lo tanto es difícilmente controlable. Sus repercusiones son incalculables y en buena medida se subestiman.

En cuanto nos sensibilizamos con este tema, lo vemos por todas partes, por la sencilla razón de que *está en todas partes*. Es objeto de miles de refranes, expresiones y comentarios populares. «Esta mujer me ha entrado por los ojos», dicen los hombres franceses. «En aquella época no eras siquiera un destello en los ojos de tu padre», les gusta decir a los ingleses. Pensemos en los ojos del lobo de los dibujos animados de Tex Avery, que, cuando se posan en una criatura hermosa, se desorbitan y se convierten en penes...

El vínculo mirada-deseo es proverbial en el hombre porque se remonta a la noche de los tiempos y se apoya en un sustrato biológico relacionado con la supervivencia de nuestra especie, pero en los discursos intelectuales contemporáneos se niega rotundamente, se reprime y se olvida porque implica la existencia de un poderoso vínculo entre la seducción y la reproducción, un anatema expulsado de la mentalidad occidental desde hace medio siglo.

*

All the world's a stage, como dijo Shakespeare. El mundo entero es un escenario, y la vida humana es teatro. A lo largo de nuestra existencia, según los constructos que la cultura pone a nuestra disposición, aprendemos nuestros papeles y los representamos lo mejor que podemos. Imitamos, improvisamos, tanteamos, buscamos aprobación...

Femenino y masculino. Sí, también en parte son teatro. *Pero sólo en parte.*

En las sociedades tradicionales, las mujeres siempre se han adaptado a la mirada que los hombres proyectan sobre su cuerpo. En pocas palabras, a las jóvenes hembras humanas, como a las hembras del mono, les importa seducir a los machos porque quieren ser madres. Y para alcanzar este objetivo se ponen guapas. Cegados por nuestras ideas modernas sobre la igualdad entre los sexos, que nos negamos a concebir de otra manera que como *identidad* de los sexos, podemos abstraernos durante un tiempo de esta contundente realidad, pero si no nos atrincheramos totalmente en nuestras convicciones teóricas, siempre recibiremos una sacudida que nos la recuerde.

En otoño de 2009, leer la novela *Putá*, de Nelly Arcan, me provocó una de esas sacudidas. Pues sí, me dije desde las primeras páginas del libro, es verdad: las mujeres *se ponen* guapas. Tanto las jóvenes como las no tan jóvenes, las mujeres compiten en este ámbito, se obsesionan por su cuerpo, lo corrigen, lo despedazan y se gastan el dinero para mejorar-

lo, para ser las más jóvenes, las más delgadas y las más guapas. Lo sabía, por supuesto. La escritora que hay en mí lo sabía. Y la mujer, la adolescente y la niña lo sabían también. La única que por momentos seguía negándose a saberlo era la «pensadora» que hay en mí, debido al dogma que impera en nuestro tiempo, tan absurdo como inamovible, de que todas las diferencias entre los sexos son construcciones sociales.

*

El feminismo nunca ha sabido cómo explicar la coquetería femenina. Con frecuencia ha conservado la idea cristiana de la diferencia radical entre cuerpo y espíritu, y también ha sobrevalorado el segundo respecto del primero. Lo ha planteado como si la belleza física fuera un valor alienante que el machismo milenario introduce en las mujeres, y que en la época capitalista exacerbaban las industrias de cosmética y de moda. Desde este punto de vista, la coquetería era casi un «pecado». Ten cuidado, hija mía, decían las madres tanto feministas como católicas. Cuando un chico intente conquistarte, tienes que preguntarle: «¿Te intereso yo o sólo mi cuerpo?».

Como si pudiera haber un yo sin cuerpo... Como si el espíritu fuera más «yo» que el cuerpo... Como si el cuerpo —cómo lo arreglamos, lo vestimos, lo peinamos, lo maquillamos y lo movemos— en ningún caso llevara la marca de nuestro espíritu... Como si el hecho de que a los hombres les guste nuestro cuerpo, la admiración de su mirada y la ternura de sus caricias no provocaran en nuestro yo efectos extraordinarios...

Si nos empeñamos en creer en un yo, si no inmortal, al menos independiente de las vicisitudes de la vida, está claro que la belleza, que es básicamente efímera (como el cuerpo, pero todavía más que él), se convierte en una especie de impostura. Vosotros, los hombres, la contempláis, la admiráis y deseáis acercaros para apoderaros de ella... pero en reali-

dad no soy yo. Es apariencia, y por lo tanto engañosa. Como sé que no tiene peso, que es pura ilusión, un cebo, que no soy yo, me avergüenza confesar la importancia que tiene también para mí.

Toda mujer podría escribir la historia de su relación con la belleza y analizar el lugar que ha ocupado en su vida su apariencia física. Como de joven no fui una gran belleza, pero sí una chica bastante mona, miles de hombres desconocidos escrutaron mi cuerpo, lo observaron detenidamente, lo valoraron y lo juzgaron en muchos lugares del mundo, en ocasiones de forma simpática, y en otras de forma antipática. De joven reaccionaba a este fenómeno enfureciéndome e indignándome. Incluso cuando no estaba implicada personalmente –por ejemplo, cuando veía el cartel de una película o la portada de una revista que mostraba a varios hombres mirando a una mujer desnuda o casi desnuda–, la rabia feminista me ahogaba. He necesitado mucho tiempo para admitir, o quizá para recordarme a mí misma, que las mujeres también sienten el deseo de ser miradas. (Una paradoja sobre la que volveré: las mujeres son más pasivas en el discurso feminista que en la realidad.)

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, dos acontecimientos desviaron el destino de las mujeres occidentales de manera radical y en sentido contrario: la invención de la fotografía y el feminismo. Los efectos existenciales de estos dos factores sobre nuestra vida son unas veces graciosos y otras sórdidos, incluso trágicos. Seguramente ninguna sociedad humana se ha visto enzarzada en una contradicción tan inextricable como la nuestra, que niega tranquilamente la diferencia de los sexos y a la vez la exagera hasta la locura a través de las industrias de la belleza y de la pornografía.

Señalamos con el dedo a las mujeres que se cubren el pelo. Nosotras preferimos vendarnos los ojos.

I

Atavismos y avatares

También tiene algo de universal, algo de arcaico y envolvente. ¿No estamos todos atrapados por dos o tres figuras, dos o tres tiranías que se combinan, se repiten y surgen por cualquier parte, por lugares que no les corresponden y en los que no las quieren?

NELLY ARCAN

Una fecundidad dotada de sentido

La vida de todos los primates superiores (el grupo animal al que pertenece el *Homo sapiens*) sigue una trayectoria en la que determinadas etapas son ineludibles. Una de ellas es el nacimiento. Así, la famosa frase provocadora de Simone de Beauvoir «La mujer no nace, se hace» es de entrada una perogrullada. Nacemos bebés, totalmente indiferentes al sexo al que pertenecemos.

Sin embargo, no es el caso de nuestros padres. En ninguna sociedad humana y en ninguna época de la historia se ha recibido a un recién nacido diciendo: «¡Es un bebé!». Siempre se ha considerado pertinente concretar de inmediato el sexo, porque esta concreción aportaba información crucial sobre el futuro, el devenir y el destino en la Tierra del recién nacido en cuestión. Nos guste o no, en el Occidente del siglo XXI sigue aportándola. Pero ¿qué tipo de información?

Por ejemplo: si el cuerpo del bebé está dotado de útero, en un futuro será susceptible de crear en su seno otros cuer-

pos, tanto masculinos como femeninos, pero si está dotado de pene, no. Aunque en la actualidad todo el mundo (yo la primera) admite que una mujer no *quiera* engendrar, eso en nada atenúa el importante dato de que los hombres no *pueden* hacerlo.

Ahora bien, los seres humanos tienen la irresistible manía de interpretar todo, incluso los simples hechos biológicos, que en sí mismos están desprovistos de sentido. Y la interpretación del hecho anterior ha tenido consecuencias graves, muy graves. A lo largo de las épocas uno de los dos sexos ha observado, ha dibujado, ha esculpido, ha venerado, se ha apropiado, ha violado, ha puesto velo, ha practicado ablaciones, ha prostituido, ha adorado, ha temido, ha odiado, ha vilipendiado y ha puesto por las nubes al otro. El hombre a la mujer. El cuerpo de discreta fecundidad al cuerpo de fecundidad espectacular. Ninguna otra especie de primates ha sentido la necesidad de inventar mitos, cuentos, relatos, chismes, leyendas y religiones para explicar la diferencia de sexos, pero *todas* las culturas humanas lo han hecho. Dar sentido a esta diferencia es uno de los rasgos fundamentales, por no decir *fundadores*, de la humanidad.

El proceso es el siguiente: buscamos significado a todo, interpretamos y especulamos que la división de nuestra especie en machos y hembras se decidió desde arriba *por alguna razón*. En principio estamos en el ámbito de la religión, del miedo, del que se derivan gestos propiciatorios y magia, dibujos y esculturas para mostrar, representar y transformar una realidad que no entendemos.

En los primates superiores algo inferiores, el dominio de los machos no ofrece la menor duda. Los machos se comportan de manera arrogante, se golpean el pecho y se pelean para acceder a las hembras. Y las hembras muestran las nalgas, conciben, paren y amamantan. Los más fuertes dominan a los más débiles. La anatomía decide el destino.

A los monos machos les importa un bledo que las únicas que paran y traigan al mundo bebés tanto machos como

hembras sean las monas. Sin embargo, los machos humanos no salen de su asombro y no lo dejan correr. Desde la noche de los tiempos escrutan, manosean, abren y vuelven a cerrar, esculpen y dibujan el cuerpo de la hembra para entender no sólo qué sucede con el tema de la gestación, sino también de qué derecho o de qué honor están excluidos.

Para los monos no significa nada que las hembras se ocupen de las crías, pero, como sucede con todo, en los seres humanos parece dotado de significación, por oculta que parezca, y todo nos empuja a rascarnos la cabeza y a preguntarnos *por qué* (aun cuando no hay otro *por qué* que el hecho de que la evolución *es así*) el macho puede vivir como una humillación el haber estado dominado por una mujer en los primeros años de su vida. Al concluir una infancia vivida bajo la autoridad de una mujer, el hombre contempla el cuerpo femenino con ambivalencia: lo desea y lo teme, lo envidia y lo odia.

La ambivalencia crea la humanidad y el arte. En los demás primates no hay ambivalencia, pero tampoco hay arte. Françoise Héritier, antropóloga y profesora del Collège de France, lo explica así: «Durante los miles de años en que se formó la especie *Homo sapiens*, el pensamiento incipiente se desarrolla a partir de estas observaciones y de la necesidad de darles sentido desde el primer proceso, que consiste en emparejar y clasificar» (II, 15).

¿Por qué el «valor diferencial de los sexos»?», retomando la expresión de Héritier, redundante universalmente en favor de los hombres? «¿Por qué la situación de las mujeres es inferior, o se menosprecia, o se coacciona, y podemos decir que de forma *universal*, cuando el sexo femenino es una de las dos formas que revisten la humanidad y el ser vivo sexuado, y cuando, precisamente por eso, su “inferioridad social” no es un dato biológicamente fundado?» (I, 11). Las investigaciones de Héritier la llevaron a avanzar esta interesante hipótesis: «Lo que ratifica la humillación femenina no es la envidia del pene, sino el escándalo de que las mujeres concibían a sus hijas, mientras que los hombres no pueden conce-

bir a sus hijos. Esta injusticia y este misterio están en el origen de todo lo demás, que ocurrió del mismo modo en los grupos humanos desde el principio de la humanidad y que llamamos “dominación masculina”» (I, 23).

En otras palabras, los hombres han dominado a las mujeres en todas las sociedades humanas a lo largo de la historia porque ellas tenían niños. Por una parte, eso las hacía vulnerables, ya que necesitaban la protección de los hombres, sobre todo en los periodos de embarazo y lactancia, pero, por otra parte, el hecho de que el parto, desprovisto de sentido en sí mismo, esté reservado a las mujeres ha sido percibido por los hombres como un privilegio, una ventaja, un escándalo o un misterio sagrado, según los casos.

Todo esto es apasionante y seguramente cierto, pero estoy convencida de que, al margen de toda angustia por el lugar de donde vienen, y por qué, y con qué derecho, los hombres tienen una predisposición innata a desear a las mujeres por la mirada, y de que las mujeres siempre se han complacido en esa mirada porque anticipaba su fecundación.

La evolución es lenta

Nos resulta difícil, por no decir imposible, concebir la lentitud del proceso evolutivo. Siempre tenemos prisa. Ahora bien, el *Homo sapiens* sobrevivió durante el noventa por ciento de su historia gracias a la caza y a la recolección. Bajamos de los árboles hace cuatro millones de años, y las primeras perlas elaboradas por dedos cromañones datan de hace sólo cuarenta y tres mil años. Nada permite diferenciar nuestro ADN del de los antiguos egipcios. Desde el punto de vista de la evolución, el periodo paleolítico era ayer.

Los profundos cambios que supuso el neolítico –invencción de la agricultura, sedentarización de las sociedades, fundación de ciudades, instauración y transmisión de la

propiedad privada, establecimiento de linajes y poco a poco de la monogamia— todavía no han dejado rastro alguno en nuestros genomas. Nos enorgullecemos, con razón, de los avances de la modernidad (cohetes interplanetarios, bombas atómicas, rascacielos, coches y ordenadores), pero nuestro cerebro sigue siendo el de nuestros antepasados prehistóricos.

Resumamos en pocas palabras lo que esto implica para las relaciones entre sexos.

No todas las especies animales son sexuadas, pero sí lo son los mamíferos. En estas especies, el macho y la hembra se necesitan mutuamente para reproducirse. Para asegurarse de que transmite sus genes, al macho le interesa esparcir su semen lo máximo posible, en la mayor cantidad posible de cuerpos de hembras jóvenes y sanas, es decir, susceptibles de llevar el embarazo a buen término y de sobrevivir al parto. A lo largo de millones de años, la vista del macho se adaptó para reconocer a las hembras fecundables y enviar señales a sus testículos para que reaccionaran. Es cierto que los hombres no se empalman automáticamente cada vez que sus ojos se posan en una mujer deseable (en cuyo caso sería un infierno). Filtra los estímulos, y cuando la situación no se presta al sexo, dispone de un mecanismo cerebral de «cierre automático» de la erección. Pero en cuanto ese mecanismo salta —bajo el efecto del alcohol, de la rabia, de una situación de guerra o de violación colectiva—, en cuanto se desinhibe, el mecanismo salta y el macho humano está listo (sobre todo si es joven) para entrar en acción.

A la hembra humana, por el contrario, no le interesa copular con el primero que pase, porque su implicación en la reproducción es incomparablemente más importante y larga que la del macho. Para asegurarse de que sus retoños saldrán adelante y transmitirán sus genes debe sopesar los pros y los contras de cada coito. Tenderá (por interés) a elegir a sus parejas con prudencia y preferirá a un macho que le pa-

rezca no sólo físicamente fuerte, sino también psíquicamente fiable, susceptible de quedarse varios años con ella y ayu-
darla a alimentar a sus hijos.

El hecho de que, al relacionarse con el otro sexo, las chicas den más valor al «amor» y los chicos al «polvo» responde a su respectivo destino reproductor. Uno es lento y el otro es rápido. Las mujeres «quieren que dure» para que su prole tenga un padre, y los hombres quieren fecundar la mayor cantidad de vientres en el menor tiempo posible. Por eso no es raro que los chicos finjan amar para poder follar, mientras que las chicas fingen desear para poder atraparlos. Así se organizaron las relaciones entre sexos en el *Homo sapiens* durante casi toda su historia.

«No somos chimpancés», señaló recientemente la filósofa feminista Elisabeth Badinter. Y tiene razón, por supuesto. Somos los únicos primates superiores que han formulado la prohibición del incesto y han elaborado complejos sistemas de parentesco, con estrictas reglas de endogamia y exogamia. En el fondo, la humanidad es quizá eso, la especie animal que ha conseguido convencer a sus machos de que no siempre les interesa satisfacer su deseo de saltar sobre las hembras. En este sentido, podemos decir que los hombres son más civilizados que las mujeres, porque deben aceptar que la sociedad limite, contenga y redirija su pulsión sexual natural (omnívora).

Eso no impide que compartamos con estos primos antipáticos el 98 % de nuestros genes, entre ellos, sin la menor duda, los que vinculan la mirada de los machos con su excitación sexual.

La naturaleza no es políticamente correcta. Sólo los seres humanos pueden serlo.

El diablo

Como los seres humanos viven en el tiempo, conscientes de que son mortales, necesitan sentir que su existencia tiene sen-

tido. Durante la mayor parte de la historia humana este sentido procedía de su certeza de ocupar el lugar que les correspondía en el mundo. Las jerarquías no son necesariamente humillantes. Si todos los miembros de una sociedad se dicen que «las cosas son así» desde tiempo inmemorial, todos se benefician. En las sociedades de cazadores-recolectores, las mujeres se ocupan de la recolección, de cocinar y de los niños, mientras que los hombres son cazadores, soldados y sacerdotes. Aunque los mitos y las leyendas suelen exaltar sobre todo las actividades viriles, este estado de cosas no resta valor a las mujeres, que saben que su papel es primordial y que los hombres siempre intentan «hacerse valer» porque están menos implicados que ellas en la procreación.

Pero llegó el diablo a sembrar cizaña en todas estas evidencias. Y no llegó de repente, como en las novelas de aventuras. No. Llegó progresivamente, un poco por aquí y otro poco por allá, en la estela del pensamiento estoico y posteriormente cristiano, lo que no impide que provocara un cambio radical. El diablo es el *individuo*, los derechos del individuo. La naturaleza jamás había imaginado algo así. De hecho, la idea de individuo sólo pudo surgir en mentes que querían apartarse de la naturaleza.

¿Quién decretó que los seres humanos tenían los mismos derechos? Hombres, y hombres que en ocasiones utilizaban a su dios como megáfono. En un primer momento consideraron que este principio nuevo, escandaloso y revolucionario sólo se aplicaba a quienes lo habían inventado: los machos ricos, instruidos y privilegiados. En definitiva, la élite.

El problema que provoca la idea de individuo es la *igualdad*. Cierto que es posible vivir sin ella, pero si se inventa racionalmente un principio, es preciso ajustarse a él racionalmente. Se abrió la brecha. El gusano estaba ya en el fruto. Y lógicamente, una vez que el gusano estaba en el fruto, la cosa no hizo más que empezar. ¿Quién tenía derecho a ese derecho? La idea de individuo fue ampliándose poco a poco e incluyó no sólo a los machos instruidos, sino también a los campesinos, a los obreros y por último, tras

enormes resistencias (a menudo también por parte de las interesadas), a las mujeres. Sí, a su pesar, los seres humanos de determinados países se vieron abocados a formular la idea de que incluso las mujeres podían aspirar a los derechos del hombre.

En la época moderna estallan graves conflictos entre los sexos precisamente porque los seres humanos estaban hambrientos de igualdad.

Todo esto es increíblemente reciente y habrá que esperar mucho tiempo para que el juego de miradas establecido por los primates de la prehistoria se transforme.

Los atavismos se mantienen

Desde hace unas décadas, y por primera vez en la historia del planeta Tierra, una especie animal ha conseguido separar radicalmente la sexualidad de la reproducción. Está claro que estoy de acuerdo con esta revolución y que la aprovecho. Sin embargo, no nos convierte ni en dioses ni en robots, y está lejos de liberarnos de todo determinismo biológico. Los genes no se transforman en sólo cincuenta años (ni en cincuenta mil). Aunque una parte cada vez mayor de la humanidad decida no procrear, el *Homo sapiens* sigue siendo una especie de animal programado, como todos los demás, para reproducirse, y tanto si nos gusta y nos halaga como si no, esta programación influye en nuestro comportamiento.

Mil factores deciden en nosotros y por nosotros a nuestras espaldas. Por ejemplo, el olor de la mierda nos parece «asqueroso» de forma totalmente espontánea y sin reflexionar, pero esta percepción nada tiene de objetiva (a las moscas ese mismo olor les resulta irresistible). Lo que sucede es que nuestro cerebro ha evolucionado para hacernos huir de las moléculas que suponen un riesgo para nuestra salud. Por otra parte, si nos parecen agradables las sensaciones que produce la copulación, es porque esta actividad permite que nuestros genes se reproduzcan.

La belleza humana tampoco es un dato en sí. A un perro le parecerá más hermoso el rostro del viejo vagabundo que lo alimenta que el de cualquier *top model*. Los criterios tradicionales de la belleza femenina, esos a los que se alude cuando se trazan con las dos manos las curvas de la «tía sexy» (pechos grandes, cintura estrecha y caderas anchas), son de entrada, exactamente igual que la piel lisa y sin arrugas, signos de juventud y de buena salud, y por lo tanto de fecundidad.

«Pero, bueno, ¡en lo último que pienso cuando miro a una chica es en dejarla preñada!», exclamarán algunos lectores hombres. Cosas del orgullo humano. Ingenuamente, y con toda la buena fe del mundo, estamos convencidos de que sabemos lo que hacemos y de que hacemos lo que queremos. Cuando el chimpancé se acerca a una hembra para copular con ella tampoco piensa en los retoños que resultarán de ese acto. No se dice: «Vaya, una buena mona con genes que podrían combinarse perfectamente con los míos». Asimismo, a los hombres que suelen ir a clubes de *lap dancers*, esas jóvenes bailarinas que se menean en sus rodillas, les sorprendería saber que dan diez veces más propina a las chicas que están ovulando.

Por mucho que nos guste creer que nuestra voluntad es todopoderosa, estamos lejos de ser el «nosotros» que creemos ser y sólo entendemos los móviles de nuestros propios actos de forma imperfecta.

«*Me gusta mirar a las chicas*»¹

La reacción psicológica de un hombre al ver a una chica guapa es en buena medida involuntaria. Con la edad se atenúa, aunque no desaparece. Hace poco lo comentaba con tres amigos míos pintores: F. (noventa años), G. (cincuenta) y H. (sesenta).

1. Título de una película francesa que se estrenó en julio de 2011.

F.: Podemos estar cansados, agotados, deprimidos u obsesionados por preocupaciones económicas y afectivas gravísimas, pero basta con salir a la calle y ver a una chica guapa con una camiseta que permite adivinar sus pechos, y ¡uau!, el deseo nos invade y nos transporta. Hasta la iglesia católica se vio obligada a reconocer que empalmarse en estos casos no era pecado, porque la reacción del cuerpo es independiente de la voluntad del hombre. Puede sucederle en cualquier momento.

*

G.: Recuerdo que, después de divorciarme, solía encontrarme solo en mi taller. Fue un periodo también de soledad *voluntaria*, pero pasé momentos realmente muy difíciles. Me preguntaba hasta qué punto podía llevar aquella vida en el campo, conmigo mismo como única compañía, sin tener siempre ganas de ir a la ciudad, tomarme una copa o dos en una terraza y ver pasar a chicas guapas, que tan bien me sienta.

*

N.: *¿Crees que lo que sucede entre los ojos de un hombre y el cuerpo de una mujer tiene algo de atávico?*

H.: Sí, estoy totalmente convencido. Aunque sólo sea por cómo las mujeres suelen andar por la calle, agachando la mirada, porque si sus ojos se encuentran con los de los hombres, es una provocación, mientras que los míos no dejan de pasarse.

*

F.: La semana pasada estaba en un restaurante con una amiga y justo al lado, en una mesa grande, había una docena de jóvenes, entre ellos una chica de extraordinaria belleza. Sus proporciones, su manera de moverse, todo su cuerpo

era perfectamente armónico. Me di cuenta de que si la miraba de forma «masculina», sexual, era tremendamente atractiva, increíblemente guapa, mientras que si la miraba con ojos de fotógrafo, tampoco era para tanto... pero irradiaba salud.

N.: *Es decir, ¿la salud formaba parte de su sex-appeal?*

F.: Exacto. Por supuesto, tiene que ver con la fecundidad. Y es tremendamente difícil reprimir la *lujuria*, el arrebató instantáneo de deseo. Cuesta muchísimo. Aunque sepamos que en dos o tres horas se habrá pasado.

N.: *¿Dos o tres horas?*

F.: Sí, sí. Necesité dos o tres horas para recuperarme de aquella chica. Estamos ante un misterio. Sabemos que las hormonas y los elementos químicos nos manipulan, y a la vez nos decimos: Soy instrumento de *otra cosa*. Es lo interesante. Y esa *otra cosa* es la belleza. ¿Por qué nos atrae la belleza? Tendríamos que dejar atrás las explicaciones simplistas.

*

Que cada quien, tanto hombres como mujeres, deje atrás las explicaciones simplistas y reflexione sobre la conmoción que provoca en el hombre ver la belleza femenina. Lo importante aquí es que la sociedad obliga a *gestionar* esta conmoción. No puede saltar sobre la primera mujer que lo atrae. Los hombres que saltan sobre la primera mujer que los atrae son severamente castigados. Todos los niños aprenden desde muy pequeños a controlar, a canalizar, a desviar y a sublimar su deseo hacia las niñas. Y todas las niñas aprenden que deben tener en cuenta la mirada masculina, ya sea para atraerla, ya para evitarla. Para ellas es un *dato* fascinante, excitante, deseable y peligroso a la vez, susceptible de provocar tanto el gran amor como la violación, tanto la felicidad como la desgracia.

Repitémoslo: los primates machos, incluso los dotados de un cerebro grande, están programados para que los estimule la visión de las hembras jóvenes y guapas de su especie con el fin de esparcir al máximo su semen entre ellas, lo que maximiza la posibilidad de supervivencia de sus genes. Todos los bancos de semen lo saben, y por eso dejan ejemplares del *Playboy* (o similar) en las cabinas donde se recoge el semen de los futuros papás. Es automático. Unos minutos después la enfermera puede ir a recoger la probeta y puede empezar la fecundación *in vitro*.

Por supuesto, decir que el vínculo entre la mirada y el deseo es innato en el hombre no supone decir gran cosa, puesto que la especialidad de los seres humanos es elaborar códigos, rituales, tradiciones y constructos en torno a los datos biológicos. Esas elaboraciones ya no derivan de la naturaleza, sino de las culturas concretas, y la prueba es que son diversas: danzas del vientre, joyas, espejos, velos, ropa interior, medias de red, chadores, pies vendados, fajas, tocas, ligueros, cinturones de castidad, bikinis, harenes, juegos de miradas, burdeles, espacios de rezo separados, piscinas separadas, escuelas separadas... Desde que existe la humanidad, toda sociedad ha encontrado su o sus maneras de gestionar la mirada que el hombre puede o no puede dirigir al cuerpo de la mujer. Y ningún país o sociedad ha considerado jamás que dicha gestión era superflua, que no tenía interés, que no era necesario reglamentar ese problema.

No es sencillo despegarse, por poco que sea, de nuestras certezas y costumbres en la materia para darse cuenta de que son relativas. A los hombres franceses de hoy en día les parece normal mirar a las mujeres a todas horas del día y de la noche, y es lo que hacen. Si las mujeres musulmanas quieren relajarse una hora en la piscina sin que unos desconocidos valoren sus muslos, sus caderas, sus nalgas y su espalda, resulta que están oprimidas por «sus» hombres... ¿o por la total arrogancia de los «nuestros»? ¿Somos nosotras, las mujeres occidentales, lógicas cuando exigimos poder pasear nuestros encantos sin que nos molesten?

Firma genética

Estamos orgullosos de ser la especie con más libertad para improvisar su comportamiento. En este caso, podemos excluir deliberadamente de nuestras actividades eróticas toda perspectiva reproductora. Pero disfrutar con un miembro de nuestro sexo, una muñeca, un ser imaginario o nuestro cónyuge, utilizando métodos contraceptivos, no supone el menor cambio desde el punto de vista de la evolución, que apoya su sublime y amoral indiferencia en cientos de millones de años.

La homosexualidad, la prostitución, la guerra, la planificación familiar y la esterilidad elegida son elementos culturales que se reproducen por imitación (los estudiosos lo llaman *meme*). Si se generalizaran, nuestra especie podría desaparecer y al universo no le iría del todo mal, pero lo cierto es que no sigue ese camino. La realidad es que la inmensa mayoría de seres humanos sigue teniendo niños a la antigua usanza, mediante el encuentro de un espermatozoide y un óvulo dentro de un cuerpo femenino. La elección de la pareja para hacerlo también sigue realizándose a la vieja usanza: mujeres lo más jóvenes y guapas posible, y hombres lo más ricos, fuertes y fiables posible. Estos comportamientos no sólo se mantienen, sino que dejan su firma, es decir, *poseen una firma genética*. Los libertinos y los *queers* se parecen más de lo que creen a los curas y a las monjas. Todos esos *anti-breeders* (los que se oponen al engendramiento) se empeñan en oponerse a la biología, en burlarse de la programación genética. No hay problema. Pueden divertirse como prefieran, tanto con la abstinencia como con el *fist-fucking*. A la especie no le importa, porque los que se burlan de ella desaparecen sin dejar rastro.

Lo que esto implica en concreto, tanto hoy como en la época neolítica, es que los hombres van a «ver» a otros sitios. No se trata necesariamente de que tengan amantes, ni siquiera de que recurran a prostitutas, pero fantasean mucho, se

masturban mucho y, en nuestras sociedades contemporáneas, el 80 % recurre con frecuencia a la pornografía (Brenot). Al hacerlo, esparcen su semen, que es lo que están programados para hacer. Poco importa que sea una «pura pérdida» desde el punto de vista reproductivo. En el momento en que hay eyaculación frecuente y compañía variada, aunque sea imaginaria o del mismo sexo, el genoma no ve la diferencia.

Es cierto que también las mujeres van a ver a otros sitios, pero ellas no merodean por millares por las calles de las grandes ciudades en busca de un contacto sexual anónimo, y la cantidad de mujeres que buscan en internet fotos de desconocidos que puedan hacerlas gozar es mucho menor que la de los hombres. El orgasmo femenino es una experiencia maravillosa, no seré yo quien diga lo contrario, pero no es imprescindible para concebir un niño, y las mujeres soportan relativamente bien la abstinencia sexual, mientras que la eyaculación de los hombres es necesaria para la fecundación y, sobre todo cuando son jóvenes, la abstinencia les supone un sufrimiento físico.

En nuestra época estas palabras resultan chocantes. No queremos saber nada de estas cosas. Como hemos separado el erotismo de la concepción, como hemos decidido promover la absurda idea de que los hombres y las mujeres son «en el fondo» iguales, no señalamos estas diferencias, aunque son importantes. Las mujeres, que han luchado por liberarse del peso de la maternidad sucesiva y obligatoria, prefieren olvidar todo vínculo posible entre seducción y reproducción, entre coquetería y embarazo, entre erotismo y maternidad.

Y lo pagamos mucho más caro de lo que creemos.

Título de la edición original: *Reflets dans un oeil d'homme*
Traducción del francés: Noemí Sobregués

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: marzo 2013

© Nancy Huston, 2012
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Printer Portuguesa
Edificio Printer, Casais de Mem Martins
2639-001 Rio de Mouro, Portugal
Depósito legal: B. 32373-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-60-5
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5387-0
N.º 34280

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)